



## CAPÍTULO IV

Lucha entre la Persia y la Grecia.—Preliminares de la lucha.—Rebelion de Naxos.—Rebelion de Mileto y de la Jonia.—Furor de Dario.—Reduccion de la Jonia.—Ultimos esfuerzos de la Jonia.—Destruccion de Mileto.—Suplicio de Histieo.—Destruccion de la Jonia.—Primera guerra médica.—Nueva invasion.—Ruina de Eretria.—Batalla de Maraton: victoria de Milciades.—Desgracia de Milciades.—Tregua de los diez años.—Reforma religiosa de Zoroastro en la Persia.—Muerte de Dario.—Temistocles y Aristides en Atenas.—Jerjes.—Expedicion del Egipto.—Expedicion contra la Grecia.—Leónidas en las Termópilas.—Temistocles en Salamina.—Huida de Jerjes.—Batallas de Platea y Micala.—Libertad de la Grecia.—Rivalidades de Esparta y de Atenas.—Destierro y muerte de Temistocles.—Condenacion de Pausanias.—Muerte de Aristides.—Gloria de Cimon.—Muerte de Jerjes: Artajerjes le sucede.—Expediciones de Cimon.—Rebelion del Egipto.—Destierro de Cimon.—Llamada y victorias de Cimon.—Fin de las guerras médicas.—Muerte de Cimon.

Los preliminares de la lucha comenzaron por la Grecia y el Asia. La risueña Jonia, hija de la Hélade, amando sus libres instituciones y su vida republicana, se iba ciniendo al parecer, al despotismo uniforme y ceremonioso del Oriente; más á la primera ocasion que se le presenta, arroja lejos de sí el yugo del gigante que le oprimia, y se subleva.

La ambicion y mezquina rivalidad de una pequeña república de las Cicladas, pusieron al Asia y á Europa en un estado de lucha. Estalla en Naxos una contienda entre los grandes y las masas populares; arrojados por el pueblo los ricos, van á implorar socorro á Mileto. Histieo, que era el gobernador, el *tirano*, «tiranos», dice Herodoto, se hallaba retenido en Susa, por el favor con que el gran rey le colmaba en reconocimiento de sus servicios en la desastrosa retirada de Escitia. *Aristágoras*, que reemplazaba á Histieo en su empleo, acogió á los fugitivos, y viendo en el sostenimiento de su causa un medio de crearse una pequeña soberanía, les obligó á pedir asistencia al sátrapa del Asia Menor y á las tropas de los persas. Pronto á su instancia, una flota de doscientas naves, bajo el mando de Megabaces, se hizo á la vela para la isla rebelde. Naxos se hubie-  
ra sometido fácilmente, si la altanería del sátrapa no hubiera herido la vanidad del mile-

siaco. *Aristágoras* avisó secretamente á los de Naxos, y al fin de cuatro meses de un sitio inútil, Megabaces volvió á sus soldados fatigados y vencidos. Toda la responsabilidad de la derrota debia pesar sobre el autor de la expedicion.

*Aristágoras* creyó vencida la rebelion. Al mismo tiempo le llegaba de Susa un correo confidente, mandado por Histieo: «Este último, dice Herodoto, se hallaba muy apremiado en Susa, y creia que no excitando ninguna rebelion en Mileto, jamás podria volver á aquel punto; tenia grandes esperanzas que si su ciudad se sublevaba, Dario le enviaria con una flota para apoderarse de *Aristágoras*.

A la voz de *Aristágoras*, toda la Jonia tomó las armas. ¡Cuál seria el entusiasmo de la multitud griega por el hombre que así abatía las tiranías, arrojaba los gobernadores establecidos por los persas y llamaba á las ciudades á la libertad política y á la independencía! Además se esperaban socorros de la Grecia Central; recordaban que Esparta habia reclamado cerca del gran rey la libertad para Jonia. *Aristágoras* vuela á Lacedemonia; pero los arrogantes dorios ven con desprecio al representante de las ideas democráticas, y el rey Cleomenes desprecia con altanería sus instancias, como igualmente sus presentes con indignacion,

El jónico pensó hallar más favor entre sus hermanos de Atenas. Habia motivos sobrados en la ciudad de Minerva para recibirle bien, en conformidad con las razas y sentimientos políticos; Esparta además le habia despedido. Por otra parte, Hípias estaba al lado del sátrapa del Asia Menor, trabajando por entrar en Atenas; *Artafernes* se habia atrevido á ordenar á los atenienses que recibieran al Pisistrátida. *Aristágoras* fué oido con aclamaciones: á estos treinta mil atenienses era más fácil engañar que á Cleomenes (1). *Melanthius* marchó con veinte naves y los eretrios juntaron cinco triremes.

El ataque se hizo con entusiasmo. En tres dias los aliados desembarcados en Efeso estaban sobre los muros de Sardes. *Artafernes*, sorprendido, se retira á la ciudadela. Un soldado pone fuego á una casa, y el incendio se propaga rápidamente á todos los edificios. Toda la ciudad quedó consumida por las llamas; pero los atenienses debieron retirarse ante la tenaz resistencia de los habitantes reunidos en las márgenes del Pactolo. *Artafernes* continuó la persecucion de los vencedores. Destrozados cerca de Efeso, perdieron un gran botín, y los atenienses, desanimados, abandonaron la Jonia.

Dario, después de saber el incendio de Sardes, preguntó por el pueblo de Atenas; comprendia lo que podrian hacer estos griegos desconocidos, y no podia decir como su glorioso predecesor Ciro: «Yo nunca he temido á esta gente que tiene en medio de su ciudad una plaza donde se reúnen para engañarse los unos á los otros con recíprocos juramentos.» Pidió entonces su arco y su lanza y disparó una flecha, exclamando: «Pueda yo, oh Dios supremo, vengarme de los atenienses!»

Pero era necesario ante todo someter la Jonia. La rebelion ganaba terreno, á pesar de la retirada de sus auxiliares. Bizancio y el Helesponto, Chipre y la Caria se sublevan tambien; la escuadra insurreccionada derrota á los fenicios, hábiles traficantes á quienes el celo por el comercio armaba contra los griegos. Sin embargo, Chipre fué reconquistada (499), y los persas resolvieron concentrar la guerra en el continente.

(1) Herodoto, l. V.

Se hizo tomar parte á las masas. Tres ejércitos, mandados cada uno por un yerno del gran rey, marcharon contra las tres razas de colonias griegas, reuniéndose contra Mileto, foco y cabeza de la rebelion. *Hymnes* redujo á las ciudades eolias; *Otanes* sometió á la Jonia; *Daurisis* subyugó el Helesponto en algunos dias y á la Caria en dos batallas; pero fué á perecer en una emboscada que le habian preparado los generales vencidos. *Cimes* y *Clozomenes* cayeron tambien bajo el poder de los persas, y *Aristágoras*, desanimado, abandona su patria y va á morir á la Tracia en el sitio de una plaza fuerte.

*Histieo*, sin embargo, estaba aliado á la corte de Susa por el reconocido favor de Dario. El gran rey le encargó someta la Jonia á la obediencia. *Histieo* se escapa y va á ofrecerse como jefe á los rebeldes. Irritados por la traicion de *Aristágoras*, los milesianos le desprecian.

Refugiado en Chio, quiere entrar por fuerza en su patria, y herido en una pierna escapa á *Mitilene*; logra los navíos de Lesbos y da principio á una guerra de piratería contra la Persia.

El gran rey queria, sin embargo, cortar por lo sano. Hizo reunir todas sus tropas para la expedicion contra Mileto.

Los griegos se reúnen en *Panionium*. Este era ya un consejo extremo; se trataba de una cuestion de vida ó muerte. Cada uno suministró todo lo que pudo en armas y en naves para librar este baluarte de la libertad helénica. Como última esperanza de la Grecia marítima, debia reunirse la escuadra en la isla de Lada, frente al puerto de Mileto, y presentar la batalla á los persas. Trescientas cincuenta y tres naves iban á las órdenes de *Dionisio de Focia*, con un orden y una disciplina admirables: la escuadra persa, fuerte de seiscientas embarcaciones, no se atrevió á atacarlos. Los generales del gran rey quisieron mejor esperar y hacer tiempo á la intriga. Sabian que todos estos pequeños pueblos no habian de tardar en desunirse y en escuchar las proposiciones de la Persia.

Así fué en efecto. El dia de la batalla, los samios rompieron la alianza y se retiraron; los lesbios siguieron su ejemplo. Sin embargo, los confederados esperaban buen éxito en la bata-



lla. Los chiotas se batieron á la desesperada, pero la escuadra griega fué dispersada y Mileto se vió atacada por mar y tierra.

Por medio de las máquinas de guerra, abrieron brecha en las murallas y penetraron en la plaza, y á los seis años despues de la rebelion fué tomada y saqueada la ciudad, y sus desgraciados habitantes, reducidos á la esclavitud, fueron arrojados por las márgenes del Tigris, en Ampé y costas del Océano Indico, hasta los confines del Asia. El oráculo lo habia predicho.

Histio había sobrevivido á la toma de Mileto; él siguió la guerra. Con sus invencibles galeras de Chio, ayudado de Dionisio el Focense y de algunos otros jefes, estableció en el Helesponto un crucero de corsarios desastroso para la Persia y sus aliados. Pero un día se aventuró á bajar á tierra. Harpagon y Artafernes se apoderaron de él y se apresuraron á darle el tormento de cruz, para evitar que Darío se apiadara de él y le diera libertad.

Todo iba á concluir para la Jonia; todo estaba ya dominado por los persas, que se vengaron con crueldad. Los fenicios, dando rienda suelta al odio de sus señores y á las animosidades personales, tomaron las ciudades asiáticas á sangre y fuego; templos y casas, todo habia sido incendiado, todo destruido hasta en sus cimientos. La desolacion se extendió por toda la hermosa costa del Helesponto. Sin embargo, esto no debia ser más que el preludio de una venganza más ruidosa.

Todos los dias durante la comida, un oficial repetia tres veces á Darío estas palabras: «¡Señor, acordaos de los atenienses!» Darío se acordó al fin de ellos.

Inmediatamente salen una flota y un poderoso ejército, mandados por Mardonio, Marduniya (1), primo y yerno del rey, cuya mision era castigar á Atenas y Eretria y someter al poder del gran rey las islas y el continente helénico.

La Persia comprendia de cuánta importan-

(1) Marduniya está formado de la radical *Mardu*, dulce, suave, dice M. J. Oppert. *Memoria* sobre el libro de Ester, *loc. cit.* Mardonio se habia casado con una hija de Darío, Artazostra. (Id. *ibid.*)

cia le seria poseer una costa bien guarnecida y poblada de ricas é industriosas ciudades. Los griegos habian vuelto de nuevo á sus fértiles campiñas, y la naturaleza casi habia borrado las huellas de la invasion. Mardonio atravesó la Jonia y restableció en todas partes la democracia.

Los persas atacan entonces á la Grecia por mar y por tierra, y su flota se apodera de la isla de Tasos; pero una deshecha tempestad destrozó sus barcos contra el promontorio Athos, hoy cabo Santo. Neptuno defendia á la Hélade. Trescientas galeras y ciento veinte mil hombres fueron sepultados en el fondo del mar. El ejército de tierra pasó el Helesponto y atravesó la Tracia ya conquistada. El rey de Persia pidió «el fuego y el agua,» ó lo que es lo mismo, la sumision completa á Amintas, rey de Macedonia. Alejandro, hijo de este príncipe, da muerte al embajador, y los persas en desagravio de este hecho se apoderan de una parte de la comarca. Sin embargo, una tribu de tracios, los Brigos, cayeron de improviso sobre Mardonio, y aunque al fin la sometió á su obediencia, ella vendió tan cara su libertad, que el sátrapa, despues de este combate, no se creyó con fuerzas bastantes para emprender la conquista de la Grecia, y se trasladó al Asia con los mutilados restos de sus tropas y barcos.

Esta pérdida podia considerarse como insignificante para el vasto imperio asiático; pero Darío calificó esta desgracia de ofensa, y para vengarla preparó una nueva expedicion más poderosa y formidable que la anterior.

Pero la Grecia observaba todos los movimientos de sus enérganos; así es que supo inmediatamente que quinientos mil hombres se habian hecho á la vela desde Samos en direccion al continente, sometiéndolo ó asolando las islas á su paso. Todos los dias recibia noticias de alguna nueva sumision, y Naxos, Paros, Andros y todas las Cícladas fueron sometidas de grado ó por fuerza; sólo de los protegidos por el dios-sol, por Apolo, fué perdonada por los adoradores del fuego y del sol; esto no obstante se llevó á sus hijos como rehenes. Cuando el enemigo se aproximaba á Eubea, los eginetas, sobrecogidos de



un terror pánico, se sometieron á la dominacion persa.

Al saber estas nuevas Atenas y Esparta se llenan de indignacion; estalla la guerra contra los eginetas, y es arrojado de Esparta el rey Demarato, porque favorecia á estos insulares. Por último, los embajadores del schah llegan al continente y exigen una sumision inmediata; pero los atenienses y espartanos les arrojaron á un profundo pozo, diciendo: «¡Así es como tendreis la tierra y el agua!» De hoy más, este hecho dará por resultado una guerra á muerte entre los dos pueblos.

Eretria habia tomado parte en la victoria que obtuvieron los atenienses en Sardes, y Atenas á su vez socorrió á la ciudad atacada por Datis. Pero la discordia perdió á esta desgraciada ciudad; vendida por sus habitantes, fué saqueada y reducida á cenizas, y sus hijos arrastraron en Persia las cadenas del esclavo. Las ruinas de Eretria hicieron conocer á la Grecia cuál era la venganza que proyectaba Darío. Los vencedores tomaron rumbo para el Atica; las cadenas estaban preparadas en las naves del gran rey.

La Grecia se llenó de consternacion. Atenas hizo conocer el peligro, y le dió la voz de alarma, respondiendo á este llamamiento Esparta sola. Pero era preciso que sus soldados esperaran el plenilunio para ponerse en marcha; Hípías en el entretanto se aproximaba, guiando los ejércitos de Datis, y no respirando más que venganza.

Los persas estaban en Maraton, pequeña poblacion distante de Atenas ciento cuarenta estadios, ó sean veinticuatro kilómetros (1), y era preciso elegir entre la esclavitud ó la muerte. Tres grandes hombres, sin embargo, MILCIADES, TEMISTOCLES y ARÍSTIDES, salvaron á su patria, á la Grecia y á Europa.

Se decidió ir directamente donde estaban los invasores. Las diez tribus de Atenas proporcionaron cada una mil infantes, cuyo nú-

(1) Aun existe en la llanura de Maraton un montecillo que se cree es el sepulcro de los héroes de Atenas: tiene nueve metros de altura y ciento ochenta y tres de circunferencia. (Véase á M. Beulé, *La Mocedad de Fidias.*)

mero se completó con los esclavos. Platea, que se la encuentra siempre en los sitios de más peligro y donde puede adquirir gloria, reúne mil soldados. Pero habia diez generales que eran causa de division y desorden. Milciades y Aristides los dominaron á todos con su elocuencia; la batalla queda decidida, y Milciades, elegido general en jefe, espera con impaciencia la llegada del dia que ha de encargarse del mando para evitar los malos presagios.

Los griegos estaban dispuestos para la batalla desde la mañana del seis de Boedromion de la olimpiada setenta y dos, ó sea el 29 de Setiembre del 490. La llanura la habia cubierto, durante la noche, de troncos y ramas de árboles que debia romper la caballeria persa. Llegado el momento oportuno, Milciades da la señal de atacar, y los atenienses se arrojan á la carrera; asombrados los persas, se detienen un momento, pero despues resisten con valor. Pasadas algunas horas de una lucha obstinada, el flanco derecho de los helenos, donde la ley ordenaba que se colocara el «polemarca,» derrota á los persas; el flanco izquierdo les arroja á un pantano, y despues las dos alas victoriosas caen sobre Datis y el centro del ejército. La derrota fué completa; los persas se dirigen á sus naves y huyen á todo remo. Sobre el campo de batalla quedan seis mil cuatrocientos hombres, entre los que se encontró muerto á Hípías. Un soldado ateniense que salió del campo de batalla para anunciar la victoria al Areópago, cayó muerto de fatiga luego que llegó y cumplió su cometido. Atenas no estaba aún salvada, porque Datis doblaba el cabo Sunium para sorprenderla; pero Milciades acababa de llegar allí, y el persa se retiró al Asia. Al siguiente dia acudieron los dos mil oplitas de Esparta, y como ya era innecesario su auxilio, se volvieron á su país despues de haber elogiado á los vencedores.

Atenas celebró el triunfo de sus hijos haciendo magníficos funerales á los que habian muerto, y grabando sus nombres en las columnas levantadas en la llanura de Maraton. Milciades estaba representado en uno de los pórticos del Agora, arimando á su victorioso ejército, y uno de los héroes de la jornada, Es-



quilo, cantó las hazañas de su general en una tragedia nacional.

El vencedor de Maraton recibió despues la importante mision de someter las islas del mar Egeo; pero es rechazado delante de Paros, y esto sólo bastó para que cayera en desgracia.

Entonces se vió uno de los más grandes ejemplos de ingratitude que jamás dieron las envidiosas é inicuas democracias. Acusado Milciades por los envidiosos, el pueblo le condenó á ser arrojado en el hoyo donde se precipitaba á los malhechores. El magistrado protestó contra esta odiosa sentencia, y se negó á ejecutarla, en vista de lo cual se le conmutó la pena por una multa de cincuenta talentos; pero el ilustre general, este grande hombre, de quien se decia que habia sido corrompido por el oro de los persas, no pudo pagar la multa, y, cargado de cadenas, el vencedor de Maraton murió en un calabozo á consecuencia de sus heridas.

Cuando Darío supo esta noticia, debió consolarse de la pena que le produjo la derrota, y al mismo tiempo compadecer á Milciades, porque era de carácter generoso y magnánimo. La armada persa cogió prisionero al hijo del héroe, y Darío le prodigó toda clase de cuidados y le colmó de honores. Los eretresos participaron de esta clemencia; Darío les hizo dar tierras y habitaciones; pero no renunciaba á la sumision de la Grecia.

Una obligada tregua de diez años interrumpió toda hostilidad. Las guerras que Darío tuvo que sostener por distintos puntos de su imperio, cuyo recuerdo nos han trasmitido los cronistas iraníes de acuerdo con los monumentos, le obligaron á suspender sus proyectos.

Por otra parte, el famoso Zoroastro, Zeratostro, Zerdust ó Zeratoucht, habia aparecido y subyugado hasta el mismo monarca por la fuerza de su palabra y de su prestigio. Inmediatamente el rey, Victaspa, Gustasp, como dicen los persas (1), hostil al principio, abrazó luego con entusiasmo la nueva doctrina. Esto fué el origen de sangrientas disputas entre él

(1) Este es el nombre de «Histaspes» que han conservado los griegos.

y sus vecinos del Asia septentrional, á quienes queria obligar á que adoptaran la religion del *Zend-Avesta* (1).

El Turán tomó las armas por salvar á la vez que su libertad política, su independencia religiosa; era necesario de parte de los héroes del Irán que renunciase á la una y á la otra.

En honor de Darío diremos aquí que la doctrina de Zoroastro era una reaccion bastante vigorosa contra el politeísmo y el panteísmo que desde la Caldea y Babilonia habia invadido las poblaciones persas y corrompido las nociones más sanas que los vencedores del Oriente conservaban de sus predecesores los aryaes.

Sin duda el dualismo se iba deslizándose fácilmente con la proclamacion del principio

(1) Todavía existen hoy en Persia sectarios de Zoroastro, que, comprendiendo entre ellos á los parsis extendidos por las Indias, no pasan de 150.000. Hoy mismo, los libros que con más ó ménos razén se atribuyen á Zoroastro, y que se llaman *Avesta*, forman 21 nosk ó volúmenes. Véanse los títulos en lengua zend: 1, *Yatha* (en pelhvi *Suttout-Yeacht*); 2, *Ahov* (en pelhvi *Suttud-gur*); 3, *Verio* (en pelhvi *Vehest-Mathre*); 4, *A-tha* (en pelhvi *Bug*); 5, *Rattus* (en pelhvi *Davadjed-Hamas*); 6, *Ussad* (en pelhvi *Nadur*); 7, *Tchid* (en pelhvi *Patchem*); 8, *Hacha* (en pelhvi *Rattustide*); 9, *Vangehus* (en pelhvi *Barras*); 10, *Dadjida* (en pelhvi *Kassasrub*); 11, *Manangho* (en pelhvi *Vichtaps*); 12, *Sicultho-nanam* (en pelhvi *Khesut*); 13, *Angehus* (en pelhvi *Saf-fand*); 14, *Mazdai* (en pelhvi *Djarsat*); 15, *Khastremtchai* (en pelhvi *Husparem*); 16, *Ahurái* (en pelhvi *Neyadum*); 17, *Aa* (en pelhvi *Husparem*); 18, *Eem* (en pelhvi *Davasronsid*); 19, *Darregotio* (en pelhvi *Achkarani*); 20, *Dadada* (en pelhvi *Vendidad*); 21, *Vastarem* (en pelhvi *Hadokht*). Los parsis no poseen más que un pequeño número de libros: los demás fueron destruidos, ó cuando la invasion de Alejandro, ó, lo que es más probable, cuando los árabes conquistaron este país. Las obras del *Avesta* que han llegado hasta nosotros, son: la *Vendidad*, la *Jacna* ó *Izechné*, y la *Vispered*, que componen la *Vendidad-Sade*. Se encuentran igualmente la *Ogum-Decha*, la *Khurdad-Avesta*, la *Yechts* y los fragmentos del *Vistap-Nork*, de la *Hadokht-Nosk* y del *Damdad-Nosk*. Estos datos están tomados por M. Leon de Romy, al analizar un curioso volumen de Desabhoj-Framdji, parsi de Bombay, publicado en Lóndres con este título: *The Parsees*, 1858. M. de Rosny termina su relacion con esta declaracion: «Todos los historiadores orientales dicen unánimemente que los persas, desde los tiempos más remotos, rechazaron la idolatria y adoraron un Dios único, creador del mundo, bajo el símbolo del fuego. Los parsis ilustrados de hoy tratan de reconquistar la pureza originaria y primitiva de su culto.»—*Anales de filosofía cristiana*, t. LXII.



bueno y malo que Zoroastro enseñaba en lucha ya desde el origen del mundo. Pero en medio de todo brillaba, sin embargo, la unidad del Dios creador, del Eterno «Zervan-Akerene.» El mismo Ormuzd era el Ahura-Mazda de los himnos primitivos, y el «fuego sagrado» simbolizaba el antiguo Agni, Dios único creador y conservador del mundo que anima con su fuego.

Darío juró á Ormuzd; le invoca en todos sus monumentos, y le atribuye toda la gloria de sus victorias. En su nombre se preparaba á someter á la Grecia reuniendo inmensas fuerzas.

Una insurreccion del Egipto vino á suspender su venganza.

En medio de tantas proezas sorprendió la muerte á Darío; el Egipto no estaba aún sometido, y tampoco la Hélade habia sido vencida (485.)

La Grecia continuaba sus guerras. La desgracia de Milciades no habia hecho desmayar á sus compañeros de gloria. Temistocles y Aristides se disputaban el honor de suceder á aquel en el mando; el primero, á quien los trofeos del vencedor de Maraton no dejaban dormir, diestro, intrépido y elocuente, que deseaba más la fama que el amor á su patria, le obtuvo sobre su compañero y rival; el segundo se contentaba con ser el justo por excelencia. Temistocles recibió órdenes de reducir á la obediencia las islas del mar Egeo.

Aristides, sin embargo, gobernaba en Atenas. Su relevante virtud le hacia árbitro de los mismos tribunales. Esto era ya bastante para la parcialidad de Temistocles: el «justo» habia dicho á consecuencia de una discusion pública con su adversario: «Atenas no disfrutará de tranquilidad hasta tanto que nos hayan metido á las dos en una fosa. Temistocles creyó que valia más expulsar á Aristides, y sus partidarios le acusaron de tirano. El pueblo, fastidiado ya de tanto llamarle el Justo, decretó contra él la proscripcion, y Aristides, que por sí mismo habia escrito la condenacion, (1) fué desterrado de su país (485).

(1) Un ateniense que no sabia escribir se dirigió á Aristides para que escribiera por él en la concha su nombre que habia de ser proscrito. ¿Qué te ha

Dueño único de Atenas Temistocles, reduce á la obediencia á los eginetas, á quienes la envidia del comercio habia hecho aliados de la Persia, y derrotó á los corcirécs, ávidos y emprendedores piratas que infestaban los dos mares. Despues persuadió á los atenienses á que renunciaran á la distribucion anual de los productos ó rentas de las minas de Laurium, y para emplear el producto en la creacion de una fuerte escuadra.

Creia que aquellas murallas de madera serian la salvacion de Atenas.

A Darío sucedió su hijo Jerjes, Khayarsa, el rey leon, *Schir-Schah*, quien ya se habia señalado contra los pueblos del norte de Asia, y habia tambien derrotado á los turanios; comienza por reducir el Egipto, esclavizándole como no lo habia hecho su padre (1).

En efecto, Darío, el *Ntarius* de los jeroglíficos, habia hecho más suave el yugo de Cambises; dejó á los egipcios el libre ejercicio de su culto, respetó la divinidad Apis, concluyó el canal de Neco II, y unió el Nilo con el Mar Rojo. Sabia muy bien cómo debía tratarse á un país que daba al tesoro todos los años una suma tan respetable que se remontaba á más de tres millones de pesetas (2).

Exasperados por las exacciones del sátrapa que les gobernaba, se rebelaron los egipcios; no quisieron someterse á la obediencia de Jerjes, Qesirs, como ellos decian, que les dió por señor á su hermano Aquemenes.

Libre por esta parte el rey de los reyes, se propone descargar un golpe terrible contra el Occidente, porque estaba seguro que si él permanecia tranquilo, los egipcios no imitarian

hecho Aristides, le preguntó? Nada, sino que ya me fastidia el oír tanto el nombre del Justo, respondió el ateniense; y Aristides escribió su nombre.

(1) Herodoto, l. VII.

(2) El Egipto se cuenta entre los satrapías tributarios de la Persia, bajo el nombre de Mesraya, Mezraim. Los pormenores de la política de Darío resultan en la inscripcion de la estatua de Uza-hor-pennes, que fué encargado por este monarca de restablecer el colegio de hiero-grammatas, de hacer el censo de la poblacion á la que restituye todos sus derechos, y de restaurar el nombre de todos los dioses y templos y celebraciones de todos los panegiricos de siempre. Brugsch, *Hist. de Egipto*, t. I., p. 273. M.